

PEDRO CANISIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Era el 21 de mayo del año que corre, y como en una de las solemnidades más grandes, revestidas de púrpura las paredes y columnas de la grandiosa catedral de San Pedro en Roma, caían de la altura de su majestuosa cúpula raudales de luz sobre los innumerables peregrinos reunidos de todas las partes del mundo. Llamaba la atención que entre los grandes dignatarios, así seculares como eclesiásticos, se encontraban esta vez representadas como nunca las naciones germánicas: Alemania, Austria, Suiza y Holanda; Cardenales, cilleres, ministros y senadores de todos estos países, juntamente con sus obispos. Asistía junto al trono pontificio, de diácono, un personaje venerable, el Cardenal Ehrle, el conocido jesuíta de la misma nación, sano y apuesto a pesar de sus ochenta años, como si esta festividad comunicara nuevo vigor a su radiante fisonomía, pues era su héroe el primer jesuíta alemán, no menos docto que él: el Padre Pedro Canisio.

Presente ya el Sumo Pontífice Pío XI, para ofrecer el augusto sacrificio de la Misa, cantáronse las letanías de los Santos e invocóse con el «Veni Creator», la asistencia del Espíritu Santo. Acto seguido se oyó la voz del pregonero, que decía: «Ha llegado el momento en que el infalible Maestro de la Iglesia va a pronunciar su sentencia. ¡Oíd con la debida sumisión y reverencia la palabra de Pedro que vive en Pío! ¡Oídla todos los presentes y la universal Iglesia Católica!» Levantóse luego el Papa, y dijo: «A honra de la santa e individual Trinidad, para la exaltación de la fe católica y aumento de la religión cristiana, con la plenitud del poder de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo y nuestro; después de madura deliberación e invocación asidua de la asistencia divina, habiendo consultado a nuestros venerables hermanos los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes en Roma; declaramos y definimos que el Bienaventurado Pedro Canisio de la Compañía de Jesús, es Santo, y como tal le inscribimos en el catálogo de

los Santos, para que se celebre su memoria cada año el día 27 de abril en todo el orbe, como confesor y doctor de la universal Iglesia.»

No bien terminó el Pontífice, un júbilo inmenso e indescriptible conmovió los ámbitos del templo. No había para menos: un acontecimiento casi inaudito en la historia de la Iglesia acababa de tener lugar, que declaraba el Papa a Pedro Canisio al mismo tiempo Santo y Doctor de la Iglesia. Diríase que el Cielo quería dar una satisfacción a aquel Varón de Dios, porque habiendo alcanzado muchos de sus contemporáneos, íntimamente ligados con él y con su acción católica, tiempo hacía la aureola de los santos, y habiéndose incoado ya su propio proceso canónico en 1625, había tenido que esperar tres siglos completos el fallo de la Iglesia; como si el infierno hubiera querido vengarse de los rudos golpes de este *martillo de la herejía*, estorbando siempre con nuevas dificultades su elevación a los altares. Y sin embargo, apenas superada la suprema dificultad, pasada la más grande calamidad, se le declara no sólo Santo, sino Doctor de la universal Iglesia. Ni los más entusiastas y devotos de Canisio se hubieran prometido tal dicha y tal triunfo para su Santo.

Que se conseguiría al fin, vencidos los obstáculos, su canonización, estaba en la persuasión de todos. Pero su declaración, simultánea y casi repentina, de Doctor, ha sido la más grata sorpresa de sus devotos.

Son doctores de la Iglesia varones de insigne santidad y doctrina, como soles en el cielo de la Iglesia, que al mismo tiempo dan luz y calor a las almas, porque lo tienen en abundancia. Hermosea su gloria celestial aquel distintivo, llamado por los teólogos la «Aureola de los Doctores»; y por consiguiente tendrá siempre en la Iglesia de Dios especial autoridad la doctrina depositada en sus escritos, mirándose emanada de una especial gracia y ayuda de parte de Dios, un verdadero don del Espíritu Santo.

Se celebra la fiesta de los Doctores en la universal Iglesia, con su rito especial, rezándose en la Santa Misa de su día el Credo, como se reza en la fiesta de los Apóstoles y Evangelistas, cuya doctrina han profundizado, explicado y difundido en el mundo entero.

Para pertenecer al rango de Doctor de la Iglesia es preciso, según el Derecho Canónico, la explícita declaración por parte de la autoridad suprema de la misma. Así se ha hecho últimamente por el Santo Padre Pío XI en su infalible sentencia del 21 de mayo de 1925. El mismo Papa declara también los motivos que ha tenido para tan solemne acto. Menciona, fuera de la especial asistencia del Espí-

ritu Santo, su propia madura deliberación y el consejo del ilustre senado de la Santa Iglesia.

¿Qué ha hallado el Papa en su madura deliberación?

Que San Pedro Canisio era santo y sabio.

¿Qué le han dicho los venerables consejeros de la Iglesia?

Que han estudiado la vida y las obras de Pedro Canisio y se han convencido que era santo y sabio.

¿Cómo manifestó San Pedro Canisio su gran sabiduría en las ciencias sagradas?

1.º Lo manifestó en circunstancias notables de su vida.

2.º Comunicando su sabiduría por la *enseñanza*.

3.º Depositando su sabiduría en sus *escritos*:

a) por las ediciones de los Santos Padres,

b) por la exposición del Santo Evangelio,

c) la refutación de los errores,

d) los consejos dados en sus cartas,

e) la doctrina que campea en su catecismo,

f) el fomento de las letras contemporáneas.

4.º Por la especial característica de su enseñanza.

1. Todas las circunstancias de su agitadísima vida lo presenta sin desmentirse como un sabio eminente. Veamos unos pocos rasgos de ella.

Estudiante aún en Colonia, de tal modo se distingue y llama la atención, que al querer sus Superiores enviarlo para proseguir sus estudios a las Universidades de Lovaina y París, solicita como especial favor la Facultad de Teología que no priven a la Universidad de Colonia de un hombre de tan grande talento. Y en realidad, siendo él todavía joven de veintitrés años, publica la edición completa de los escritores místicos de Taulero; a los veinticinco la edición latina de las obras completas de San Cirilo de Alejandría, y la edición de las obras de San León Magno; a los veintiséis es enviado por el Cardenal Otón Truchsess de Waldburg como teólogo al Concilio de Trento (en 1547). Interrumpido el Concilio y continuado en 1562 y 1563, fué enviado otra vez a Trento, pero esta vez por encargo del mismo Sumo Pontífice.

En las grandes disputas de Worms con los taimados corifeos de la herejía, él era el principal defensor de la verdadera fe, y triunfó.

Su gran sabiduría indujo a los príncipes, al reformar los estudios universitarios de Viena e Ingolstad, a acudir a él como el más apropiado para aconsejarles y dirigirles con sabiduría y tino: y los mag-

níficos resultados en la reorganización de la enseñanza pública abonaron la cordura de su determinación.

La predicación evangélica adulterada o caída en desuso, reconoce en Canisio su restaurador y las eminentes dotes oratorias de que Dios le adornó y la infatigable aplicación de sus talentos campeó en todos los púlpitos, hasta los más renombrados del imperio.

La perturbación completa de las sanas ideas católicas reclamaba un guía seguro en medio de este laberinto y caos, y otra vez la elección de las autoridades desconcertadas, tanto seglares como eclesiásticas, recayó sobre Pedro Canisio, como el más prudente consejero.

Indicamos sólo estos hechos como circunstancias de aquella época, que manifiestan la sabiduría de Canisio, fiel instrumento en las manos de Dios «para alumbrar a los que se asientan en tinieblas y en sombras de muerte, para enderezar nuestros pies en caminos de paz». (Luc., 1, 79).

Como tal le consideraba todo el imperio germánico. Así en público documento escribe el Cabildo de Ausburgo: que Canisio era un hombre célebre por su santidad y sabiduría en toda Alemania. Como tal le recomienda el Cardenal Commendone a los Padres del Concilio de Trento, en 1563... Hasta este punto había traspasado la fama de su sabiduría los límites de su país natal para servir a la universal Iglesia. Bien lo entendían sus más ilustres personajes de entonces. El gran historiador eclesiástico Cardenal César Baronio le pondera como «hombre eminentemente docto y piadoso», y su colega en el doctorado eclesiástico, San Francisco de Sales, escribe con ocasión de una consulta de Canisio: «Has hecho tú tanto por Cristo, hablado y escrito, que todos los cristianos te admiran. Y no te extrañes que después de haber escrito tú tanto para los cristianos, de todas partes te lleguen cartas para consultarte.»

2. Sin duda San Pedro Canisio tenía el don de sabiduría, ya en sí muy apreciable, pero más apreciable, como dice el Apóstol (1 Cor. 12 y 1 Cor. 14), por otro don concomitante: el de poder comunicar esta sabiduría con facilidad y eficacia a otros. Pues hay sabios de admirables conocimientos, pero faltos de elocuencia y facilidad de estilo con que comunicar sus ideas a otros, y toda su sabiduría se pierde un día al golpe de la muerte. No así San Pedro Canisio. Su grandeza consiste en la facilidad maravillosa que tenía de poder comunicar sus conocimientos a sus contemporáneos y a la posteridad con las más variadas maneras de enseñanza; derramar, por decirlo así, su sabiduría a manos llenas y depositarla en los sur-

cos del tiempo, para que brote a su hora en abundante cosecha.

Ya indicamos de paso su influencia en la enseñanza pública y universitaria: fué, empero Canisio, no un reorganizador teórico, sino un maestro de acción enseñando él mismo a la flor y nata de la juventud estudiosa librándola de la influencia de los escritos inmORAles e irreligiosos, ejercitándola en el método de las discusiones, al mismo tiempo que era su director espiritual.

Pero la amplitud y grandeza de espíritu de este maestro ejemplar, no se limitaba al cultivo de los talentos escogidos, sino que enseñaba la Doctrina a los niños y rudos; y esto no de paso o como por entretenimiento, sino por sistema que se había impuesto continuamente y en todas partes, viéndosele, como lo representan en tan simpática forma sus retratos, rodeado de multitud de rubias cabecitas de los niños alemanes, austriacos, suizos y alsacianos.

No reformó la predicación evangélica escribiendo tratados de retórica, sino ejercitando por sí la predicación en todas partes, a todo género de oyentes, calculándose en unos 2.000 el número de sus sermones, como lo prueban los centenares de manuscritos que hasta hoy se conservan. Podríase decir de él: «Pervenit sonitus eorum usque ad extrema terrae», habiendo predicado también en los Países Bajos, en Polonia e Italia, teniendo con esto su enseñanza cada vez más el carácter propio de un Doctor de la Iglesia Universal.

Ni fueron sólo sermones o conferencias «de ocasión», que brillan como estrellas fugaces y pronto se olvidan; antes Canisio se detenía cuanto le era dado largo tiempo en un mismo lugar, desarrollando sistemáticamente la Doctrina, e inculcándola con creciente energía. Siete años enteros emplea en Ausburgo, para restaurar allí la Religión Católica; y en otros lugares, de no tan principal importancia, casi otros tantos años, o a lo menos muchos meses de duro trabajo.

Y para dar mayor eficacia práctica a la palabra de Dios, no se contenta con dirigirla a todos en común, sino a grupos de diferentes y determinadas necesidades espirituales, a sacerdotes, religiosos, religiosas, a maestros, estudiantes, artesanos y hasta a los presos; especializando su enseñanza hasta cuanto cabía en los ejercicios de San Ignacio, dados a personas particulares. Siempre coherente consigo era el mismo Pedro Canisio, en todas partes llama de sabiduría celestial y amor de Dios, que comunicaba este fuego sagrado a cuantos le oían, y cuyas respectivas necesidades penetraba, arrebatándolos, no a estéril admiración de sí, sino llevándolos todos a Dios, su único centro.

Era cosa admirable en este profundo sabio el gran talento práctico, un don de consejo para los asuntos más embrollados, un verdadero talento diplomático, como lo tenía ya su padre, el alcalde de Nimega. Fué singularmente oportuno en las íntimas relaciones de entonces de la Iglesia con el Estado, tan perturbadas a la sazón como todo, aunque se tratara de príncipes católicos. Tenían los príncipes temporales por antigua tradición el proteger a la Iglesia con su autoridad, abusando empero de ésta para esclavizar a la Esposa de Cristo. Su condescendencia política con los enemigos de la Iglesia les sacrificaba cada vez más las prerrogativas de ésta. Tratábase entonces de la elección imperial, que debía hacerse en Francfurt, y el candidato era Fernando I; firme en la fe, pero tan intimidado, que se le temía dispuesto a más concesiones funestas. Tenía Fernando mucha confianza con Canisio; éste se aprovechó de ella en bien de la Iglesia; se apresuró a encontrar el futuro emperador, y consiguió de él que, como sus antepasados, jurase, después de su elección, obediencia al Papa y protección a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Estaba ya tocando a su fin el Concilio de Trento, cuando de pronto viéronse en peligro sus felices resultados por cierta oposición del mismo emperador, mal aconsejado por ministros poco escrupulosos y teólogos indecisos. En este momento crítico salvó Canisio la situación en bien de la universal Iglesia, deshaciendo con tino y sabiduría, y con ánimo entero y valeroso las artimañas urdidas contra las disposiciones de reforma del célebre Concilio.

Deshízose la nube que apenaba el ánimo de los Padres del Concilio y tranquilizóse el corazón del Papa; y el alma del Concilio, el gran Santo, Carlos Borromeo, Secretario de Estado de su tío, el Papa Pío IV, no dudó en escribir: «Es increíble la prudencia y decisión con que se sacrifica por el servicio de Dios, el Padre Canisio.»

No titubeó ya el Papa en resolverse, a encomendar el delicadísimo negocio de promulgar los decretos del Santo Concilio en el imperio germánico. Era Canisio, quien como Nuncio Apostólico secretamente llevó las disposiciones papales a los príncipes eclesiásticos y civiles de gran parte de Alemania, logrando en todas partes rectificar las ideas, vencer obstáculos y desterrar abusos.

Vuelto en 1566 a Augsburgo, asistió a la dieta imperial como consejero del Nuncio Apostólico Commendone. Esta vez salvó Canisio la situación crítica causada por cierta precipitación inoportuna de la embajada pontificia, que pensaba que no podía tolerar la paz religiosa

de Augsburgo del año 1555. Canisio, temiendo la pérdida total de lo conseguido hasta entonces con tanto trabajo, redactó sabias representaciones que hasta hoy se conservan, en las que al mismo tiempo que demuestra su competencia en el Derecho Canónico, hace ver cómo la paz en nada viola los derechos del Concilio: que hace bien, sin embargo el Papa, en no aprobarla expresamente, sin que tampoco la repruebe de su parte, tolerándola tan sólo por las circunstancias, con tal que los príncipes católicos expresen su sujeción al Concilio. Triunfaron los consejos de Canisio y la guerra religiosa se atrasó por medio siglo, hasta que los católicos hubieron recobrado fuerzas para soportarla. Era esta Dieta la primera, después de la revolución religiosa, en la cual los católicos no habían perdido terreno, y esto por Canisio...

3. Hemos visto ya la singular eficacia de Canisio y sus dotes como maestro y consejero; no obstante, su talento se mostró de manera más vasta y trascendente en la actuación de fecunda pluma en muy variados géneros literarios.

Comprendió, desde luego, y como pocos en su tiempo, la colosal importancia de la prensa. Con dolor observó que debido a ella el error había tomado tan funestas proporciones, mil veces mayores que por la oratoria de los heresiarcas. En sus soliloquios escribe: «¿Qué cosa mejor puede hacer el hombre con sus manos que juntarlas en oración o moverlas para escribir buenos libros?» Pues bien, muy lejos de retraerse en la soledad para sepultarse entre los libros, imitó a los grandes Doctores de la Iglesia, Ambrosio, Agustín, Crisóstomo y Gregorio, es decir, estudió las necesidades de su tiempo, y defendió la fe de los ataques que se le inferían ya desenmascarando el error ya animando a los fieles; valiéndose en el combate espiritual de la pluma como espada. Cuarenta son sus escritos más importantes, de diferentes ramos de las ciencias sagradas: la sola descripción de sus ediciones ocupa, en la más moderna bibliografía de los escritores de la Compañía de Jesús, 56 columnas impresas.

Clasifiquemos brevemente estas producciones literarias:

a) Ya sus trabajos juveniles de que dan testimonio las reproducciones de las obras de escritores eclesiásticos, manifiestan con evidencia cuán bien acomodaba su ingenio a las necesidades de su tiempo. La edición del místico Taulero destruyó la preocupación reinante acerca de que los novadores habían sido los primeros en profundizar los sentimientos religiosos. Las obras de San Cirilo de Alejandría se dirigían a presentar a los contemporáneos el ideal de un pastor de

las almas. Las obras de León Magno comprobaban la venerable antigüedad de la enseñanza católica. En su tiempo eran estas obras de incalculable importancia, aunque superadas ahora por las ediciones modernas. Aunque estos libros eran para provecho de los doctos, no olvidaba la generalidad de los cristianos a quienes ofreció obras ascéticas, litúrgicas, hagiográficas, autobiográficas, etc., todas compuestas con el estudio y esmero posible en aquel tiempo, reimpresas muchas veces y leídas con interés hasta en nuestros días. Aun libros de texto para la enseñanza del latín, muy divulgados, salieron de la pluma infatigable de Canisio, no sin intención apostólica, a lo menos indirecta, para desterrar los que corrían envenenados...

Aunque elogiados por todos en su tiempo estos escritores menores de Canisio, no son como se deja entender, de la importancia de otros que hemos de mencionar más adelante. Con todo no se les puede negar un éxito muy considerable, comprobado por el número de ediciones registradas en las bibliografías, y a que contribuía la gran fama de santidad y sabiduría de Canisio.

Hace al caso, al considerar los escritos de Canisio, una circunstancia, que aparece en la actividad literaria de otro Doctor de la Iglesia, San Alfonso María de Liguorio. ¿Quién no conoce a este príncipe de la moral católica, a este «auctor probatus»? Sin embargo sabemos que hizo un bien inmenso con escritos bien modestos, pero que llenos de unción del Espíritu Santo, se divulgaron prodigiosamente. Lo mismo advertimos en otro Doctor, San Francisco de Sales, cuyo título se debe en gran parte a obritas aparentemente modestas.

b) Pero felizmente no faltan a Pedro Canisio obras de alto vuelo y de profundidad científica, ya exegéticas, apologéticas, dogmáticas y catequísticas, que le han merecido su renombre de Doctor de la Iglesia, y que por atenerse a las circunstancias y necesidades de su tiempo, le justificaron el honroso calificativo de Doctor Práctico.

Muy modestamente intitula *Notas* su obra exegética, en dos tomos, sobre los Santos Evangelios del año eclesiástico, destinada en primer lugar a los pastores de almas para suministrarles materia en sus sermones y homilias. Dicen de esta obra eminentes teólogos, que es de una sabiduría profunda, de vasta erudición patristica, llena de unción sagrada, muy sólida en lo referente al dogma católico y en la refutación de los errores contemporáneos, y muy práctica por sus referencias al año cristiano y a las ceremonias eclesiásticas. Dice Renoux, decano de la Facultad Teológica de Aix, que en esta obra

uno encuentra homilética sana y edificante, parangonable a la que enriquece las antiguas homilías clásicas.

c) Más profunda es su obra apologética, compuesta por orden del Papa San Pío V, contra los llamados Centuriadores Magdeburgenses, los *Commentariorum de Verbi Dei corruptelis tomi duo*, unidos en un tomo en folio. En la primera parte evidencia cuán desatinadamente pretenden hacer precursor de la revolución religiosa no menos que a San Juan Bautista, precursor del Señor, luego refuta los principales errores de los novadores, en especial su doctrina de la justificación.

La segunda es una Mariología completa: explica Canisio la solidez del fundamento dogmático del culto católico de la Santísima Virgen, haciendo de paso una preciosa reseña de la historia de este hermosísimo culto y refutando todo cuanto se ha alegado en contra. Dice el belga Msr. Lorenzo Janssens O. S. B. en su grandiosa dogmática: «Esta Mariología de Pedro Canisio, debe contarse entre las obras más eminentes que el culto de María Santísima haya inspirado a autor alguno docto y piadoso.» Para alguna prueba de la vasta erudición de Canisio en esta obra, basta saber que en ella se refiere más de 170 veces a San Crisóstomo, 235 veces a San Ambrosio, 280 veces a San Jerónimo, a San Agustín 670 veces; sin contar las citas de Santo Tomás de Aquino. La Sagrada Escritura se cita 4.000 veces.

El más autorizado elogio de esta obra apologética de Canisio es la homilía pronunciada por el actual Papa Pío XI, en el día de la canonización de su autor, en que dice entre otras cosas, que esta obra contra los Centuriadores Magdeburgenses fué la ocasión que indujo al Cardenal César Baronio a componer su inmortal obra sobre los Anales de la Iglesia.

d) Encontramos entre las obras de los antiguos y de los más modernos Doctores de la Iglesia preciosas colecciones de cartas, como las de San Agustín, San Basilio, San León Magno, San Gregorio Magno y en especial las de San Jerónimo, editadas repetidas veces por Canisio, y las más recientes cartas de San Francisco de Sales; a las veces obritas y conferencias breves sobre asuntos espirituales, son verdaderas joyas de la literatura teológica. Así también hizo Canisio un bien inmenso por sus numerosas cartas, cuya colección llena ya ocho tomos, esperándose otro todavía, avalorados con notas explicativas y críticas.

Escribió Canisio a otros muchos Santos conocidos, a Papas, Car-

denales, Obispos, Padres Generales, príncipes y sabios de su época; y afirman críticos de nota que estas cartas son indispensables para conocer aquel período de Historia tan trascendental del siglo xvi.

Pero no sólo tienen las cartas importancia para la Historia, sino más aun para el conocimiento y práctica de la vida religiosa, diciendo de ellas un historiador moderno: «Son una lectura espiritual del más alto vuelo»; y otro, el muy competente Padre dominico Enrique Denifle, dice que en sus trabajos ímprobos de investigación de aquel período de la revolución religiosa de Occidente, estas cartas le eran como pasajes de apacible descanso oreados por el espíritu de Cristo.

e) La obra maestra de San Pedro Canisio, que pone la corona a su acción por medio de la pluma y el monumento inmortal de este Doctor práctico es su Catecismo en la triple forma: La *Summa Doctrinae Christianae* para académicos; el *Catechismus parvus Catholicorum* para la segunda enseñanza, y el más reducido compendio del Catecismo para la enseñanza primaria.

A estas tres formas se añade el catecismo explicado, tomo en folio, en que hay las citas completas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y los Concilios, apenas indicadas en las tres formas de Catecismo. Esta obra fué compuesta en colaboración con el Padre Buseo.

La biografía del Santo nos cuenta que le costó enorme trabajo el componer sus catecismos, y que los estuvo perfeccionando durante toda su vida, sirviéndose con toda humildad de la colaboración de sus Hermanos en Religión.

La historia de la catequística prueba hasta la evidencia que la composición de un buen catecismo, de precisión dogmática, en tan corto espacio, y sin embargo conforme a las exigencias pedagógicas, es un trabajo enorme, bajo cuyo peso han fracasado no pocos catequistas de celebridad notoria.

Buena prueba del acierto de San Pedro Canisio en esta empresa catequística es que dure su obra hasta los tiempos modernos.

En todos los países halló buena acogida esta obra del Doctor Práctico, divulgándose con rapidez y desterrando obras análogas deficientes y hasta erróneas.

Pidiendo un día el Rey Felipe II consejo a los teólogos de Lovaina, acerca de qué catecismo sería más apropiado, dado el estado religioso de sus dominios en los Países Bajos, le contestaron: que no se podía hallar mejor que el catecismo de Canisio, compuesto bajo las órdenes de Fernando I.

El gran teólogo, Beato Roberto Belarmino declaró: «Si hubiera conocido con tiempo el catecismo de nuestro venerable, y según mi convicción, santo Padre Canisio, no hubiera tomado a mi cargo componer el mío, antes bien hubiera traducido simplemente al italiano el catecismo de Canisio.»

En este mismo sentido abundan los elogios de los contemporáneos, y aun de enemigos de la Iglesia, llamando a este catecismo «arsenal de la doctrina católica romana», «excelente en forma y contenido», «obra maestra en claridad y precisión», y al mismo tiempo «modesto y edificante».

Un pedagogo catequista moderno de primer orden, Msr. Justo Knecht, escribía de este catecismo, no ha mucho: «Pásmase uno al ver la abundancia de erudición, del autor, y la increíble facilidad, con que echa mano de ella Canisio para componer un libro hecho como de un solo bloque, no conteniendo sin embargo ni una frase y casi ni una palabra que no sea de la Sagrada Escritura y de la enseñanza eclesiástica. Parece que no nos habla el autor, sino el Espíritu que gobierna a la Iglesia.»

Confirma un adversario que esta sola obra produjo más efecto en aquel período agitado que todas las demás obras apologeticas juntas de los católicos.

Uno de los más modernos adversarios ha escrito recientemente: «Canisio como catequista supera a todos los católicos que han existido antes y después de él.»

Advierte muy bien un teólogo católico moderno: «El catecismo de Canisio ha servido, como consta con evidencia, de base para la composición de muchos compendios de la doctrina católica, antiguos y modernos; y el conocidísimo teólogo Francisco Javier Thalhoffer añade: «Todas las obras catequísticas que han pretendido desentenderse de Canisio han fracasado.»

Bien se puede aplicar al Catecismo de Canisio la parábola evangélica del grano de mostaza (Mat. 13, 32), el que no obstante su apariencia modesta se desarrolla luego en árbol gigantesco, bajo cuyas ramas descansan las aves del cielo. Tradújose en 25 lenguas diferentes, alcanzó aún en vida de su autor, más de 200 ediciones, y en el siglo subsiguiente 400: y hoy son ellas literalmente incontables, pues continuamente descubre la bibliografía nuevas ediciones, por hallazgos harto curiosos, ora entre los trastos viejos de una choza de labriegos, ora en un rincón polvoriento de la biblioteca de un antiguo castillo.

En Alemania y Suiza hasta los tiempos modernos era equivalente en el lenguaje común saber «su Canisio» a saber el Catecismo.

Así, pues, durante tres siglos enteros ha sido Canisio el Doctor de la Iglesia en Germania y otros muchos países. Hasta en Francia se encuentran unas 40 ediciones de su catecismo, el cual fué reimpresso todavía en 1856.

En Italia lo introdujo San Carlos Borromeo; en los Países Bajos se hicieron unas 70 ediciones; en Polonia unas 26; en Hungría más de 30, y otras muchas en España, Inglaterra, Suecia y Estados Unidos en Grecia y en las Indias sirvió de texto (1).

Escribe recientemente un misionero jesuíta francés desde Madagascar en Africa: «En el siglo corriente hemos impreso aquí en Tananarive dos veces el catecismo menor de Canisio, el cual nos ha servido mucho.»

Por este su libro ha cumplido Dios aquella promesa que le había hecho un día durante su oración en la Catedral de Estrasburgo, que atestigua Canisio en su autobiografía o «testamento» con estas palabras: «Me prometiste, Señor, a semejanza de Abraham, una innumerable posteridad. Me prometiste además que crecerían en tu casa y perseverarían fieles hasta el fin, para que alaben por mi ministerio a su Dios verdadero.»

f) Contribuyó no poco al mérito de Pedro Canisio, y así a su aureola de Doctor de la Iglesia, el trabajo incesante y abnegado que desplegó para fomentar la prensa católica de su tiempo: fué en el verdadero sentido de la palabra un *apóstol de la prensa*.

Escribía al Padre General de su orden que, componer libros para la defensa y propagación de la fe católica, era no menos meritorio que convertir a los indios, y por esto pedía encarecidamente que se destinaran sujetos escogidos exclusivamente para escritores.

Es frecuente ver la mano de Canisio en importantes empresas literarias de su tiempo. Presta colaboración a su íntimo amigo, el carujo de Colonia, Surio, para la edición de sus grandiosas obras, la

(1) Conocemos la bibliografía hispano-americana. Allí no se encuentran ediciones impresas en América, lo cual hubiera sido inútil, ya que estaba prescrito el catecismo de Lima, desde el tiempo de Santo Toribio, arzobispo, contemporáneo de Canisio. Fué traducido este catecismo para las misiones guaránicas del Paraguay, por Fray Luis de Bolaños, franciscano, y concluido por el íntimo amigo de éste, el venerable mártir Padre Roque González, Jesuíta. Sin embargo se encuentra enumerado el catecismo de Canisio en los catálogos de las bibliotecas jesuíticas del Paraguay, que se conservan hasta hoy.

Colección de decretos conciliares y de Vidas de Santos, y lo mismo hace con el Padre jesuíta Ribadeneyra para la composición de su vida de San Ignacio de Loyola, y con otros...

Con entusiasmo saluda Canisio los trabajos del agustino Onofre Panvinio, ayudándole en la edición de sus obras llenas de maravillosa erudición, en especial la de las Catacumbas de Roma. Es esta otra de las muchas pruebas de que Canisio y sus amigos se adelantaban a su tiempo, y de que, como precursores geniales de muchos investigadores científicos modernos, merecen nuestro aplauso especial.

Manifiesta su espíritu moderno, por decirlo así, en la esmerada solicitud para que las obras de importancia se presentasen con la dignidad correspondiente a los adelantos del arte tipográfico: por esto, lleva muy a mal que el franciscano español Andreas de Vega haya impreso su obra clásica sobre la justificación, de una manera tan miserable por impresores italianos, y procura una nueva edición con perfección técnica, en Colonia, avalorándola con un Prólogo doctísimo. Otra obra análoga hizo imprimir en Ingolstadt. A los Padres Benedictinos de los antiquísimos conventos de la Suiza, animó Canisio para que hicieran la colección y clasificación de sus valiosísimos documentos antiguos.

Al célebre y muy benemérito Obispo Hosio de Ermlandia presta los humildes servicios de corrector de pruebas de imprenta, y de traducir sus obras al latín. A otros, como por ejemplo a un joven profesor de Dilinga, da lecciones sobre el arte de escribir, y le procura limosnas para dar a luz su primera obra.

Ayuda a Pisano y Peltrano en sus ediciones de los Concilios de Nicea y Efeso; al español Francisco Torres, en la publicación de su obra sobre el Orden Sacerdotal, a Jerónimo Torres, en sus libros apologeticos de suma actualidad, y a otros españoles más; así como a otros muchos escritores de diferentes naciones. Fué, pues, una especie de impulsor general de la prensa católica, y esto no sólo con respecto a los escritores eclesiásticos, sino también con los seculares, como Stáphaeus, Agrícola y otros. Al senador de Augsburgo Marco Wélser induce a depurar la obra histórica de Aventino (sobre Baviera e investigar las antigüedades de su ínclita ciudad natal.

En todo aparece el amplio criterio de Canisio, su erudición variada y uniforme a la vez, su genial y benéfico influjo en el desarrollo de las ciencias modernas, dirigiendo acertadamente los trabajos de otros, como no lo hiciera mejor un profesor de nuestros días en los llamados seminarios académicos.

A este género de impulso genial pertenece la publicación de las Cartas de Indias de los misioneros de ultramar, echando de este modo las primeras líneas de la literatura misional moderna.

Los mismos impresores tenían en él un solícito protector.

4. Después de esta revista general sobre la grandiosa actividad literaria de San Pedro Canisio, no resta sino considerar la característica de la doctrina de este Doctor de la Iglesia.

No obstante su aprecio hacia los grandes maestros de la Teología escolástica, de Santo Tomás de Aquino en especial, insiste Canisio en la importancia de la *teología positiva*, que se vale de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, como lo hicieron igualmente sus insignes contemporáneos, el Beato Roberto Belarmino y el Cardenal César Baronio, apareciendo en Canisio una marcada tendencia a la piedad mística.

No se puede negar que desde su tiempo acá ha adelantado notablemente la investigación patristica y la edición crítica de las obras antiguas, y por consiguiente, no pueden estar libres de deficiencias en este sentido las obras de quien escribió ha más de cuatro siglos.

Lo mismo se puede decir cuanto a la mentalidad de su tiempo, exageradamente crédula en sucesos maravillosos poco comprobados. Escorias humanas son estas debilidades, bien insignificantes por cierto, si se comparan con la abrumadora abundancia de sólida doctrina católica.

Domina por completo su espíritu el ardiente amor a Jesucristo y a su obra salvadora, a su Santísima Madre y a los santos, así como una profunda comprensión del culto católico, y gran aprecio de los ministros del culto, tan vilipendiados, por lo demás, en aquellos tristes tiempos. Ama, defiende y ensalza a la Compañía de Jesús, hasta la muerte.

Una cosa no puede comprender ni sufrir Canisio: la cobarde condescendencia de muchos católicos de su tiempo, quienes pretendían con fórmulas equívocas llenar los abismos que separan a los católicos de los no católicos. Sus definiciones son *inequívocas*. Jamás tenemos que preguntarnos: ¿Qué quiere decir? Y en la interpretación de la doctrina católica tiene por criterio el más riguroso ajuste de las palabras de la teología, con el lenguaje de la Sagrada Escritura y la tradición antigua.

Conociendo muy bien los escritos de los adversarios, tiene mucho cuidado de eludir sus interpretaciones de las sagradas letras, tan en desacuerdo con la de los antiguos Padres y teólogos probados. No se dejó seducir por el brillo de las novedades.

Comprendiendo, sin embargo, que el método bien justificado y ventajoso por cierto que emplearon los doctores de la Edad Media, con sus divisiones y subdivisiones, objeciones y refutaciones, conclusiones y corolarios, daba en ojos a muchos de sus contemporáneos; condesciende con el gusto de su tiempo, y para ser leído, propone su doctrina en forma de elegantes disertaciones, corriendo su estilo con tranquilidad y claridad por su ancho y caudaloso cauce.

Pudiera chocar hoy día una que otra expresión áspera, o exigencia severa contra los novadores; pero juzgándole en conjunto y en el ambiente de su tiempo, indócil y levantisco, más bien sorprende Canisio por su mansedumbre y espíritu conciliador.

Lo que constituye la altísima unción e inquebrantable firmeza en todo el conjunto de la doctrina de Canisio, es su fidelidad al Papa, su incondicional rendimiento a la *Silla Apostólica*.

Es una protestación solemne y conmovedora la que se lee en el libro de sus repetidas veces impresas *Confesiones*: «Injurian otros, desprecian y persiguen a la Iglesia Romana y la maldicen como si ella fuera el Reino del anticristo. Pero yo me confieso ingenuamente miembro de ella, y no me apartaré jamás ni en una tilde de su sentir y pronto estoy a dar mi vida para dar testimonio de su autoridad.»

«Con Jerónimo afirmo: El que está con la Silla de Pedro, está conmigo; con Ambrosio deseo conformarme en todo con la Iglesia Romana; con Cipriano confieso reverentemente que ella es raíz y fundamento de la Iglesia Católica.»

Con justicia, pues, a este varón tan entusiasta del Pontificado Romano ensalzó el actual Romano Pontífice Pío XI, inscribiéndole entre los Doctores de la Iglesia Romana.

Tenía esta solemne declaración de Doctor de la Iglesia su *preludio*, como acontece frecuentemente en casos análogos, según nota el Papa Benedicto XIV, en su obra sobre la Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios. Pues, muy pronto, después de su muerte, se le apellidaba con nombres honoríficos, llamándole el Jerónimo de su tiempo, o segundo Agustín, por su lucha eficaz contra los errores contemporáneos.

En 1658 escribía el abate benedictino Galo de San Gal en Suiza: «Pedro Canisio es por sus libros doctísimos un Doctor de la Iglesia.» Treinta años después la compara el autor de *Theatrum virorum eruditione clarorum*, con los Santos Padres de los primeros tiempos; lo mismo dice más tarde el historiador francés Rohrbacher.

En el Breve de su Beatificación de Pío IX, se lee a propósito de los catecismos de Canisio, que «no había escritos más aptos para enseñar la doctrina católica a las naciones».

Con ocasión de declarar Doctor de la Iglesia a San Francisco de Sales en 1877, se oyó a los principales promotores de esta causa, expresar su convicción de que convendría igual título a Pedro Canisio; y León XIII, en su Encíclica de 1897, celebró la santidad y doctrina de Pedro Canisio con tales expresiones, que parecía no podía ser sino tratándose de un Doctor de la Iglesia. Tal lenguaje en un antecesor suyo no influyó poco en Pío XI, como él mismo lo afirma en su homilía con ocasión de la canonización de San Pedro Canisio, para que pronunciara la última sentencia y declarara a Canisio Doctor de la Iglesia.

Dijo al mismo tiempo el Papa que cumplía al hacerlo los deseos de muchos; así se lo expresó en hecho de verdad el episcopado íntegro de muchos países, las solicitudes de cardenales, cabildos, órdenes religiosas, la inmensa mayoría de las facultades teológicas de los países germánicos, juntamente con gran parte de las universidades católicas de otros países, ya que de diez y seis, fueron diez las que elevaron a Roma sus súplicas.

Ni es difícil descubrir cierta *providencia* en esta declaración de Doctor de la Iglesia, la cual, por cierto, en casos análogos de apremiante necesidad de la Iglesia se ha manifestado. Contra la herejía de los Arrianos envió Dios a un San Atanasio; a Basilio y Ambrosio contra los Pelagianos; contra los Donatistas y Maniqueos suscitó Dios a un San Agustín; contra Nestorio a un Cirilo de Alejandría; contra Joviniano y Helvidio a un San Jerónimo. En los tiempos modernos, contra el calvinismo, a un San Francisco de Sales; contra los Jansenistas y galicanos a un San Alfonso M. de Liguorio. Así, pues, contra los errores de la revolución religiosa del siglo XVI, Pedro Canisio fué también un enviado de Dios.

Es verdad que ni Pedro Canisio, ni en casos análogos los otros Doctores de la Iglesia, han sido los únicos baluartes contra el error; como tampoco San Bonifacio ha sido el único que convirtió a Germania al cristianismo. Tenían estos varones ilustres muchos compañeros de combate, varones también de primer orden, obispos, religiosos, príncipes, consejeros, y no pocas ilustres mujeres que pelearon denodadamente los Combates del Señor.

Con todo, es innegable que entre sus coetáneos de reconocido y

trascendente mérito se destaca colosal la figura de San Pedro Canisio, recibiendo nuevo realce del plebiscito que ellos mismos le tributan y pudiendo decir San Pedro Canisio a semejanza de San Pablo (1): «Son ministros de Cristo... yo más; en mayores trabajos, en riesgos de muerte muchas veces... en caminos muchas veces, en peligros ríos, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nación... en peligros de falsos hermanos... en trabajos y fatigas, en muchas vigiliass, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez... Sin las cosas que son de fuera, mis ocurrencias urgentes de cada día, la solicitud que tengo de todas las Iglesias...»

Nadie era tan hábil, tan incansable en manejar las armas del espíritu como San Pedro Canisio, atrayendo al mismo tiempo con su piedad y austeridad raudales de bendiciones divinas sobre sus trabajos apostólicos. Hasta muy lejos, fuera de los límites de su inmediato campo de acción católica, puso él el timbre y sello de su espíritu o la restauración católica de su época.

El ha sido el portaestandarte, en cuyo derredor se agruparon los insignes luchadores de su tiempo; él ha sido su guía y capitán para lograr el triunfo de la restauración católica; a él se le debe la palma de la victoria; a él se le concedió por el oráculo infalible de la Iglesia Católica, declarándole, como único y mejor representante de su época, Doctor de la Iglesia.

Los Doctores de la Iglesia son patrimonio no sólo de su época, sino de la Iglesia universal, universal en el espacio y en el tiempo. Continúa hasta hoy día, el influjo de los antiguos Doctores, estudiándose sin recelo sus escritos, especialmente por los jóvenes estudiantes de teología, quienes saborean allí la sana doctrina.

Precisamente para este fin los declaran Doctores de la universal Iglesia, diciendo ella con Cristo (1): «Vosotros sois la luz del mundo. No encienden la antorcha y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.»

La declaración solemne de Doctor de la Iglesia universal tiene lugar en la Historia de la Iglesia separadamente de la canonización de los santos, que tienen crédito para ello: uno sólo se halla en que ha

(1) II. Cor. XI, 22.

sido simultánea esta declaración en la canonización: es San Buenaventura, declarado Santo y Doctor en la misma Bula de Sixto IV, en el siglo xv: con San Pedro Canisio se ha repetido el mismo caso. No deja de ser providencial el momento histórico de esta solemne declaración. Aparte de que no hay casualidad y Dios Nuestro Señor dirige todas las cosas según sus eternos designios, escojiendo los tiempos y momentos oportunos; hoy que desde mucho tiempo podían gloriarse otros países con el esplendor de tales lumbreras; Italia, España, Inglaterra, Asia y Africa tenían sus santos Doctores. En adelante y con inmenso regocijo, y a partir del momento de mayor aflicción, veráse también al norte germánico, representado por su segundo Apóstol, en el senado ilustre de los Doctores.

Regocíjase al mismo tiempo la universal Compañía de Jesús, con este nuevo, casi inesperado consuelo, en medio de la aflicción que le acarrea el creciente odio contra su sagrado Instituto y contra sus trabajos apostólicos; partiendo estos ataques no tanto de las filas de los enemigos de Dios y de la Iglesia, sino de «falsos hermanos»; como dice el Apóstol de las gentes.

Ante todo es San Pedro Canisio el Padre del Catecismo moderno, siendo la catequística tan solícitamente fomentada por los últimos Pontífices Romanos, y habiendo sido instituída una comisión pontificia especial para su adelanto, por el actual Papa Pío XI, el cual no omite ocasión para animar la obra catequística moderna.

Ya el inmortal León XIII trató de alentar la obra de la enseñanza del Catecismo dándole un santo protector en San Cirilo de Jerusalén, autor de las famosas y primeras obras catequísticas, al que colocó con tal ocasión en el catálogo de los Doctores de la Iglesia. Más cercano que aquel gran catequista de Oriente, se nos presenta por el vicario de Cristo otro esclarecido varón, el gran catequista de Occidente, San Pedro Canisio, siendo talvez en mayor grado y más eficazmente por sus obras, consuelo y apoyo de los catequistas modernos.

Pues con razón dijo de Pedro Canisio el Cardenal César Baronio, repitiendo las palabras de San Pablo: II Cor. 8, 18: «Su alabanza es en el Evangelio por todas las Iglesias.»

Continúa y concluye gloriosamente este panegírico el Papa Pío XI, en el día de la canonización de San Pedro Canisio, enumerando las provincias eclesiásticas que han experimentado la benéfica labor de este Santo Doctor; Alemania, Austria, Bohemia, Polonia, Hungría,

(1) Mat. V, 14-16.

Suiza e Italia, y muchos más países, tantos cuantas son las lenguas en que habla Canisio por su catecismo.

Está puesto, dice el Papa, este Santo en medio de un mundo caótico y lleno de discordia, predicando la paz, simbolizando la unión, por la única doctrina predicada en tantas lenguas, e invitando por ella a la única liga de naciones, que es la única, santa, católica y apostólica Iglesia Romana.

OTÓN BRAUNSBERGER, S. J.